



Para Claire con amor
África Huertas

Para Claire con amor

África Huertas



SINOPSIS



Relato sobre el amor y el tiempo. Lo que perdura a pesar de todo, del mundo, del destino caprichoso y los acontecimientos. Para Claire con amor te hará viajar a dos épocas, en dos tiempos y dos vidas.

Claire siempre lo quiso, el mundo decidió arrebatárselo y el tiempo se lo devolvió a pedazos.

BIOGRAFÍA



África Huertas, natural de Quart de Poblet, nació en Valencia en 1991 y se graduó en Historia en el año 2013 por la Universidad de Valencia. En el año 2014 finalizó el Máster de Patrimonio Cultural: Identificación, análisis y gestión impartido por la misma universidad donde se graduó, sin embargo, con los años ha ido ampliando estudios en diversas disciplinas. Actualmente también se dedica al diseño gráfico.

Comenzó con pequeños relatos que con los años fueron madurando, dando como resultado algunas de sus novelas. En el año 2015 salía a la luz su primera novela, *No Sin Ti*, y meses después se publicaba su segunda novela *¿Y si te digo que te quiero?* La tercera llegó en el mes de abril del 2017, titulada *Mi Pequeño Milagro*. A finales de noviembre de 2017 nos presentó *Nieve*. *Nacida del hielo y la luz* con la que nos transporta a otro tiempo, y cuya segunda y última parte está prevista para unos meses, se titulará *Neyda*. La princesa de hielo.

Ganadora en el año 2009 del I Premio del concurso literario Concursos juvenils (Ayuntamiento de Paterna) con el relato titulado In Memoriam, y una de las ganadoras de la II Edición del Premio de Novela Multiverso 2016.

3 de junio de 1978

Para Claire.

Llevo semanas intentando escribir algo, pero por más que cogía el bolígrafo y un papel no era capaz de plasmar palabras sobre él. ¿Cómo hacerlo después de todo? Antes tuve que replantearme si debía o no, si solo causará más dolor o te producirá cierto alivio después de tantos años. Finalmente, me encuentro sentado en la terraza acompañado por una copa de vino, la brisa de la tarde y el cálido sol de la Provenza francesa. Contemplo lo que se encuentra ante mí: un centenario viñedo que nada tiene que ver con lo que yo vi la primera vez que llegué. Ni la vid, ni el caserío, ni la luz esperanzadora de un mañana con futuro. Hoy sí lo veo, pero me obliga también a echar la vista atrás y revivir viejos tiempos.

~~Lo lamento~~ *Lo siento. Sé que poco o ningún valor tienen estas palabras después de tantos años, pero algo en mi interior me obligó hacerlo. Aún tengo la esperanza de que continúes leyendo esta carta y puedas entender mejor y, quizá algún día, perdonarme por lo que hice. Solo ahora mi corazón llora al poder recordarlo, más de treinta años después.*

En unos días será tu cumpleaños, ya no podré regalarte otra de esas pequeñas figuras de cristal que coleccionabas y que solo yo te regalaba, ni siquiera sé si aún lo haces. Sé que no debería recordar un detalle como este en una carta como la que te escribo, pero ahora que puedo hacerlo no

quiero olvidar nada.

Llegué la madrugada del 16 de septiembre de 1943 a Francia, un país que habíamos soñado visitar juntos y en el que acabé junto a muchos hombres, un uniforme verde y un arma cargada. La guerra había llegado a casa y, como la mayoría de jóvenes insensatos e impulsivos, me alisté. No pensé en lo que dejaba hasta que el sonido de las balas y los gritos de los heridos consiguieron que solamente quisiera cerrar los ojos y volver a tu lado. Te imaginaba tumbada junto al lago, con el sol tostando tu suave espalda y tu cabello castaño enredado. Añoré cada insignificante detalle, cada persona que había conocido, e incluso aquellas que solo eran extrañas, pero estaba acostumbrado a ver pasar por las calles día tras día. Cada minuto del día que había vivido seguro en casa.

Pronto dejé de tener amigos, tenía miedo de ir perdiéndolos, hasta que me quedé completamente solo, luchando por una causa en la que ya no creía ~~y esperando a ser el siguiente en recibir una bala~~. Los días se hicieron eternos y tu rostro, tu bello y dulce rostro, se desdibujaba con el tiempo.

Espero que recibieras las primeras cartas, después resultó muy difícil seguir. No podía escribirte que estaba bien, porque no era cierto, y nada esperanzador salía de mi pluma cansada de contar mentiras. La guerra lo destruyó todo a su paso y yo caí con ella.

Necesito parar un segundo, sé que tu impaciencia pedirá que continúe sin demora, pero las emociones afloran en mí con cada recuerdo, con cada palabra. Bebo de mi copa de vino dulce y recuerdo la impresión que me llevé cuando abrí los ojos y paseé por este lugar oscuro y sombrío. Las viñas se habían echado a perder, la casa de piedra se derrumbaba día tras día, hora tras hora. Las nubes cubrieron la zona durante semanas, o quizá solo fuera mi estado de ánimo que ha dibujado en el recuerdo una luz oculta y unos días tristes. ~~No quiero hacerte daño con esto~~. No pretendo hacerte daño

contándote cómo terminé aquí y porqué nunca volviste a saber de mí, pero quiero que conozcas el lugar donde volví a la vida después de una muerte lenta y dolorosa.

Los días se sucedieron sin pena ni gloria. Avanzábamos hacia el frente sin saber si volveríamos a casa con vida. Unos caían, otros se derrumbaban y muchos lloraban. Yo también lo hice. Salí herido en una ocasión, una bala rozó mi pierna, aunque no me percaté de ello hasta que me detuve en aquella trinchera y vi la sangre que manchaba mi pantalón. Fue en aquel momento cuando comprendí que un día moriría en batalla y ni siquiera me daría cuenta. ¿Me lloraría mi querida Claire?

Unas lágrimas caen por mis mejillas, mis arrugadas y pecosas mejillas. Ya no somos aquellos niños que se escapaban para darse besos a escondidas, ni aquellos que juraban que siempre estarían juntos. ~~Te quiero.~~ Te quise como no había querido a nadie. Eras lo más importante que había mi vida y te perdí en un suspiro una noche.

Desconozco que noticia te dieron a ti cuando no di señales de vida, pero imagino que hasta hace tan solo unos minutos, antes de abrir el sobre que contenía esta carta, creías que estaba muerto. Muerto y enterrado en tierra extranjera. Espero de corazón no haberte causado un dolor intenso, que después de tantos años, al menos tengas una vida feliz y hermosa — como tú te mereces— y que esta carta solamente te haya traído bonitos recuerdos de ~~una~~ media vida juntos.

Querías muchos hijos, una casita en el campo con jardín y convertirme en maestra. No sé que habrá sido de ti, de esa vida que soñamos juntos, pero me gusta creer que viste correr y crecer a tus seis hijos en aquel jardín de la entrada, sentada en el pocho con una limonada. Una sonrisa se ha dibujado en mi rostro imaginándote, hermosa, con una enorme barriga de embarazada. Soñé tantas veces con estar a tu lado, cumplir ese sueño y

poder acariciarla, que al final se convirtió en un deseo lejano.

¿Me odias por lo que hice? Yo me he odiado alguna vez, no voy a mentirte. Cuando comencé a ser consciente, me sentí el peor hombre de la tierra, sufrí insomnio durante mucho tiempo, e incluso pensé en comprar un billete de avión con destino Ohio y plantarme allí dando explicaciones. Mi vergüenza me lo impidió y, solo ahora, creo que fue lo mejor que podía haber hecho. Ya me dabais por muerto... ¿Qué sentido tenía revivir el pasado de aquella manera? Mi psicólogo me ayudó a superar la culpa que inundó mi mente de pronto, y también de él ha sido la idea de contactar contigo a través de una carta.

Olvidé. Así de sencillo y cruel, solo olvidé. Aquella noche nos enviaron al sur, hacia el este, pero nos sorprendieron los alemanes en un ataque sorpresa. La mayoría salieron heridos, muchos murieron sin tiempo a reaccionar, yo, cobarde, corrí en la oscuridad de la noche sin tener idea donde me llevaría aquel camino, solo me detuve cuando dejé de escuchar el ruido de las balas. Me adentré en un pequeño bosque y me oculté varias horas en él.

Estuve alerta cada segundo, temeroso a que me encontraran. Sujetaba mi arma con fuerza y contemplaba a cada lado. El viento movía las ramas y creaba sombras en el suelo. Recuerdo el temor, la sensación de ahogo, las ganas terribles de que acabara todo. Me descubrieron horas después. Un alemán enviado para reconocer la zona dio conmigo, moribundo, sediento y hambriento, y me abalancé sobre él. Terminé herido en la cabeza antes de matarlo. Su cara aparece de vez en cuando en mis sueños y no puedo evitar pensar que podría ser yo. También él tendría una vida a la que regresar al terminar la guerra.

Anduve desorientado y malherido por aquel bosque, creyendo que moriría en cualquier momento. Llegué por fin a un claro, y más allá vi el

caserío abandonado —o eso pensé al verlo—, así que continué unos pasos más hasta que debí caer desplomado. Solo después supe que estuve dos semanas delirando, entre la vida y la muerte, y cuando por fin abrí los ojos no supe quién era. ~~Puede que no me creas~~ Sé que suena a locura, una locura poco creíble, pero la herida en la cabeza consiguió que olvidara mi vida.

El señor Dumont me acogió en su casa, se deshizo de mi uniforme de soldado americano y contó la historia de que un sobrino lejano había llegado de Estados Unidos para ayudarlos en el viñedo. Así conocí a Bernadette, una joven de cabello rojizo y ojos claros de mucho carácter. Claude Dumont era su padre.

No podía seguir pasando los días sin que tuviera un nombre, por eso me convertí en Pierre Ferrec desde aquella mañana y hasta nuestros días. Por ese motivo el remite de la carta no lo habrás conocido, pero no podía poner Joe Stewart, un hombre que murió en un bosque de la Provenza durante el invierno de 1944 y del que ya no quedó nada. No sabía quién era, ni de dónde venía. Ahora era Pierre Ferrec, un hombre sin pasado.

Necesitarás unos minutos para asimilar mi confesión. No es fácil de comprender, lo sé. Yo también tengo que parar, soltar todo lo que llevo dentro después de tanto tiempo no es sencillo. Quiero que sepas que, hasta hace unos cinco años, seguía sin saber quién era, pero los recuerdos volvieron en forma de destello luminoso de repente y todo comenzaba a cobrar un sentido. Gracias al psicólogo mi mente comenzó a recordar más y más cosas hasta que di con mi nombre y el tuyo. Ahora, con cincuenta y ocho años y una vida hecha, me siento obligado a contártelo. Espero no ser demasiado cruel.

Pasaron los meses en este lugar, y el dolor de la guerra parecía lejano. Ayudé y me ocupé del trabajo de campo mientras mi cariño por los Dumont crecía día tras día. Claude era un buen hombre, lo perdimos hace unos años

por un problema de corazón, pero siempre le estaré agradecido. A él le debo mi nueva vida, a él le debo mi gran amor.

Bernadette no me quería aquí, era evidente que la idea de que un soldado extranjero al que podían estar buscando viviera como si nada en su casa, le aterraba. Su carácter me zarandeaba día sí y día también, hasta que un día comenzó a acostumbrarse a mi presencia. El amor hizo el resto.

Me casé con ella un sábado de junio de 1946 en el mismo lugar donde hoy me encuentro. El cura de la aldea cercana ofició la boda, y Claude ofreció a los vecinos y amigos una comida en esta misma terraza. Para aquel entonces las viñas había crecido y la luz era un poco menos oscura. Ella estaba preciosa, como un rayo de luz rojizo e intenso que me abofeteaba con fuerza, al tiempo que me atraía apasionadamente.

Así hice mi vida, bueno, Pierre hizo su vida. Tuvimos cuatro hijos, tres varones y una chica. Hoy vienen a cenar todos, junto a los más pequeños de la familia. La última incorporación Ferrec es la pequeña Claire, de mi tercer hijo Arnaud, un hermoso gesto que tuvieron después de haberles contado mi historia. Pensaron que era una buena forma de que estuvieras en mi vida de nuevo de algún modo.

Cuando le confesé a mi Bernadette todo lo que había recordado, lloró como una magdalena, después me abrazó y besó mi mejilla. Fue ella la que insistió en que te escribiera, explicándote, hablándote de mi familia. Dice que quiere conocerte, darte las gracias por darle el mejor regalo de su vida y disculparse por habértelo quitado. Creo que te gustaría, ahora que recuerdo cada detalle tuyo, me doy cuenta de lo mucho que os parecís. Quizá fue eso lo que me atrajo de ella inconscientemente: un vago recuerdo tuyo perdido en mi mente.

Te he metido una fotografía junto a la carta, es de hace un año, por lo que Claire aún no está en ella. No sabía si hacerlo, pero mi mujer insistió y

no tuve más remedio que obedecerla. El que se encuentra en medio, de cabello blanco y camisa amarillenta, ese soy yo. Pierre, Joe, da lo mismo. La mujer que está a su lado, de cabello rizado corto y rojizo, esa es Bernadette. Luego están mis hijos Claude, Baptiste, Arnaud y Camille con sus parejas y los pequeños de la familia. Dicen que el inquieto Corentine se parece mucho a su abuelo, es el niño que queda a la derecha de la fotografía junto a un balón. ¿Qué te parece? ¿Es cierto?

Y así termino, enseñándote a mi familia y esperando que esta carta la recibas. No fue fácil dar con una dirección, Camille me ayudó en dicha tarea, pero me alegro de que lo consiguiera. Estaría ~~encantado~~ emocionado de recibir respuesta, quizá también alguna fotografía de tu familia que me ayude a saber que tuviste y tienes una buena vida. Me gusta creer que sí.

Y con tristeza, pero también alegría, me despido con ternura y cariño. Tú me mantuviste con vida durante las largas noches de guerra, ahora vuelvo a ti de una forma distinta. Gracias, Claire, gracias por hacer que luchara y continuara. Siento no haber podido cumplir mi palabra, no haber regresado a casa.

Para mi primer e intenso amor. Que la vida te haya tratado como te mereces y seas tan feliz como yo. Si decides no responder, solo espero que al menos seas capaz de perdonarme por todo el daño y el llanto que causé.

Aquel hombre que te quiso con locura.

Joe Stewart

Levanté la vista de aquel papel sintiendo mi corazón pequeño. Joe había muerto, o eso me aseguraron cuando pasaron los meses y ninguna información consiguieron sobre él o su cuerpo. Lloré tanto que el rostro me dolía, irritado. Habíamos creado un futuro juntos y ya no existía futuro alguno sin él. Limpié las lágrimas de mis mejillas ahora que descubría que seguía con vida después de tantísimos años. Algo se revolvía y retorcía en mi interior. Tenía ganas de hacer añicos aquella carta y lanzarla al viento para que se la llevara lo más lejos posible, pero era incapaz de hacer tal cosa.

Él no me había dejado. Él no había dejado de quererme, la vida caprichosa le había obligado a olvidarme de repente. Había borrado mi imagen y nuestros recuerdos de su mente. Solté la carta sobre la mesa de cristal sintiendo como las fuerzas me abandonaban. ¿Debía responder o era mejor no remover el pasado? Yo, mejor que nadie, sabía lo que implicaba hacerlo. Joe, mi hijo, descubriría que su padre no había muerto en la guerra, en Francia. Pierre, o Joe o cuál fuera su nombre ahora, se encontraría de pronto con la existencia de un hijo del que nunca le había hablado. ¿Cómo hacer frente a todo ello después de tantos años?

—Abuela, abuela. —Noté la pequeña mano de Kristine en mi hombro—. ¿Hacemos magdalenas?

Borré la tristeza de mi rostro y dibujé una sonrisa. Tomara la decisión que tomara, no era el momento oportuno.

—Claro que sí, cielo. —Acaricié su mejilla.

Me levanté de la silla del porche, frente al jardín recién cortado por mi hijo aquella mañana, doblé la carta y la introduje de nuevo en el sobre. Cuando leí de dónde venía jamás me hubiera imaginado reencontrarme con mi pasado.

—¿Qué es eso? —preguntó curiosa señalando la carta—. ¿Una carta? ¿Quién te envía una carta?

—Un viejo conocido —respondí sin dar detalles.

—Vamos, vamos. —Restó importancia, agarrándome de la mano y tirando de ella hacia dentro.

Dejé aquella carta sobre la mesa y seguí a mi nieta hacia la cocina. No respondería a Pierre, no podía contarle la verdad. Confesarle que tenía un hijo del que nunca le dije nada, decirle que nunca lo olvidé, que no me casé, aunque tuve pretendientes, que todavía seguía queriéndole como aquella niña de veinte años que lo vio marchar una mañana de 1943. No, no podía darle lo que quería. Yo había vivido mi vida creyéndolo muerto, él tendría que vivir los años que le quedaban con la esperanza de que mi vida había sido buena. Compré la casa con el trabajo que conseguí de maestra, pasaba las tardes en aquel porche contemplando mi jardín, tal y cómo él imaginaba, pero no había rehecho mi vida con nadie después de él.

Se escuchó la puerta abrirse mientras Kristine sacaba la leche y los huevos de la nevera. Aún no habíamos empezado y lo había manchado todo de harina.

—¡Hola mamá!

Mi hijo apareció por la cocina con dos bolsas en la mano, acompañado por mi nieto mayor, Peter, que también cargaba con algunas cosas. El recuerdo de su padre volvió a mí en cuanto mis ojos lo contemplaron, nunca me había dado cuenta de lo mucho que se parecía a Joe. Al amor de mi vida. Sonreí aguantando las lágrimas.

—Hola, chicos. Pasad, vamos a hacer magdalenas.

Título: Para Claire con amor
Primera edición: Mayo 2019

© África Huertas

© Derechos de edición reservados.

Diseño y composición de cubierta: África Huertas González

Imagen de cubierta: © Pexels

Imágenes interiores: © Pixabay

REDES SOCIALES DE LA AUTORA:

Facebook: África Huertas Escritora

Instagram: África Huertas

Pinterest: África Huertas Escritora

Twitter: África_huertasG

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.